la imagen. Al instante se obraron dos prodigios: del retrato empezó á brotar un sudor ó rocío muy copioso; y estando el cielo muy sereno, cayó de repente un aguacero tan fuerte, que solo él pudo extinguir el incendio, y dió tiempo para sacar á la cocinera, que infaliblemente hubiera muerto quemada. Todos á una reconocieron el portento y tributaron al Señor y á su fiel sierva el merecido homenaje.»

La angelical virgen se muestra poderosa abogada de las numerosas víctimas de injusticias domésticas y civiles.

«En todo apuro y necesidades de cualquier especie acudía al patrocinio de Mariana, Doña María Duchisela, señora de muchas y raras prendas, como lo hemos dicho más arriba, y la encontraba siempre propicia. Así le sucedió, por ejemplo, cuando, sin amparo humano en ocasión de haberle puesto pleito su marido, pidió un retrato de Mariana, y encerrándose con él, suspiró y lloró tanto, que, sin más recurso, alcanzó que el tribunal fallase á su favor contra toda esperanza humana.—Otra vez, que el dueño de la casa donde vivía le pidió las piezas por cierto disgusto con ella, se dirigió al cuarto que había sido habitación de Mariana; allí de rodillas la invocó confiadamente, y á poco halló vivienda cómoda, de donde no salió hasta morir.»

¿Y habrá todavía quién pregunte para qué sirven los santos?

Conste aquí para consuelo de las señoras que van á ser madres, que tienen en la *Azucena* de Quito una especialísima protectora.—De San Gerardo Mayella leemos lo siguiente en una de sus biografías: «¡Á cuántas

madres asistió en casos trabajosos! ¡á cuántos pequeñuelos expuestos á morir sin bautismo dió generosamente la vida!... El Padre Tannoia atribuye al Santo predilección marcada para esta obra de bendición.» Otro tanto hemos de decir de la solitaria de Quito.

Estos favores de toda clase son una débil muestra de lo que la seráfica virgen puede y quiere hacer en gracia de sus devotos.

CAPÍTULO XXXVI.

MARIANA DE JESÚS EN EL CIELO SIGUE PRODIGANDO BENEFICIOS Á SUS HERMANOS Y DEVOTOS DE LA TIERRA. (CONTINUACIÓN.)

SUMARIO. Milagros modernos.—Curaciones.—Conversión de pecadores.—La paz renace en un hogar.

EL poderoso valimiento de la santa no se limitó á sus contemporáneos, sino que en nuestros mismos tiempos prodiga favores y mercedes á cuantos acuden á ella.

El señor presbítero Don Heliodoro Villafuerte, ecuatoriano, celosísimo propagador de la devoción á la *Azucena de Quito* y promotor ardiente de su canonización, ha publicado en Santiago de Chile un folleto, con ocasión del quincuagésimo aniversario de su beatificación (1903); del que extractamos lo siguiente.

«Damos á conocer con inmensa complacencia á los devotos de Mariana de Jesús el nuevo y admirable prodigio obrado por su intercesión, según el relato que ha llegado á nuestro conocimiento, de una

carta escrita por el Rev. Padre Eugenio Navarro de la Compañía de Jesús, residente en la ciudad de Cartagena (Colombia), donde ha tenido lugar el suceso. Una señora piadosa, muy devota de la Beata Mariana de Jesús, tenía á su esposo enfermo de suma gravedad. Llena de angustia, pero al propio tiempo llena también de confianza, dirigiéndose á Mariana de Jesús le hace una ardiente plegaria, y le pide que se compadezca de su situación. No fué menester más; inmediatamente siente el enfermo que recobra la salud, sin otro remedio que la oración de su esposa á la sierva de Dios. Informado el médico de lo sucedido, examinó al paciente, y declaró que la curación era completa. ¡Ah! Dios es admirable en sus santos; no se ha encogido su mano omnipotente, y las maravillas de su misericordia se multiplican para recompensa de los que esperan en Él. Dios no resiste á la oración humilde y llena de confianza; acerquémonos con ella á Él, y con fe inquebrantable en la intercesión de la *Azucena de Quito,* esperemos las manifestaciones de su omnipotencia para nuestro consuelo y felicidad.»

«De un informe enviado á Roma acerca de la curación prodigiosa de una niñita por intercesión de la Beata Mariana de Jesús, atestiguada por los padres de la misma enferma y por el distinguido facultativo Dr. Adolfo Peralta V., decano de la facultad de medicina del Azuay, así como por el profesor de farmacia Don Mariano Abad Estrella, sacamos el siguiente relato:

En Cuenca, capital de la provincia del Azuay de la república del Ecuador, la niña Ángela de Jesús

Estrella y Arévalo, de un año y un mes de edad, cuando apenas hablaba una que otra palabra, enfermó de *gastroenteritis,* de tanta gravedad, que no pudiendo su estómago resistir alimentos ni gotas de agua, después de doce días pasados sin ningún alimento, entró en completa agonía, que duró tres días. El padre de la niña, Dr. Ángel María Estrella M. y el señor decano de la facultad, Dr. Adolfo Peralta, médico de cabecera de la pequeña paciente, esperaban de un momento á otro el desenlace fatal; cuando el pulso había desaparecido y sólo quedaba intermitente en el corazón, sin esperanza en lo humano, el presbítero Don Daniel Hermida, amigo de la familia, tuvo la inspiración de aplicar una reliquia de la Beata Mariana de Jesús en la mejilla de la enferma. La niñita, que casi ya no daba síntomas de vida, no bien sintió la imposición de la reliquia, la tomó en sus manecitas, y como para besarla, la puso en sus labios. Impresionados los padres postráronse ante la imagen y la reliquia de la Beata Mariana de Jesús, y comenzaron á rezar la novena en su honor. No habían acabado lo concerniente al primer día, cuando, oyendo que lloraba la niñita, se acerca la madre á ella y oye que dice: *¡pan!* ¡Admirable portento del cielo! En ese momento, conseguida la gracia de la curación instantánea, por intercesión de la *Azucena de Quito,* Ángela de Jesús Estrella quedaba completamente sana.

En efecto, se le dió alimento, después de haber pasado quince días sin tragar un solo bocado; lo tomó sin dificultad y le hizo tanto bien, que sus

mejillas estaban sonrosadas al día siguiente. En la actualidad sigue llena de robustez y gozando de buena salud.

Informes.

Cuenca, Ecuador, enero de 1902.

El infrascrito, Doctor en Medicina, Profesor y Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad del Azuay, previo el juramento legal, informa: Que el hecho antes relacionado es verídico en todas sus partes, y que abriga el convencimiento de que su realización se debió á la poderosa intercesión de la Beata Mariana de Jesús de Paredes y Flores. — Para que conste donde convenga, da el presente en Cuenca á 15 de enero de 1902 —

Adolfo Peralta V.

El infrascrito Profesor de Farmacia y abuelo de la niña Ángela de Jesús Estrella y Arévalo, atestigua y asegura que el hecho relacionado por los señores Doctor Ángel María Estrella y Rosario Arévalo es cierto y que lo presenció. Que, como deudo de la expresada niña, por el gravísimo peligro de su muerte, se ocupaba en preparar las cosas necesarias para el entierro del cadáver de la misma niña.

Cuenca, enero 15 de 1902.

Mariano Abad Estrella.»

«El hecho milagroso que acabamos de referir dió lugar á que la *Azucena* obrara el siguiente.

Por intercesión de la Beata Mariana de Jesús, conocida con el gracioso nombre de *Azucena de Quito,*

Dios se ha servido conceder un favor señalado á la piadosa señora Paulina Dehaene, de nacionalidad francesa, residente en Santiago de Chile, desde hace quince años. Me complazco en afirmar desde luego, que la señora Paulina Dehaene, por su carácter serio, sólida instrucción y piedad acendrada, es digna de todo crédito. Dejando sin embargo al fallo infalible de la Iglesia el conocimiento en este hecho, de la acción de una causa sobrenatural, vamos á relatarlo sencillamente como las cosas pasaron.

Desde hace un año, poco más ó menos, dicha señora venía sufriendo de un catarro intestinal ulceroso. En el mes de diciembre del año 1901 se agravó de tal manera la enfermedad, que en adelante le fué necesario renunciar á todo alimento sólido. Con suma dificultad y con una repugnancia vivísima podía tragar algunos sorbos de leche, que luego se veía obligada á arrojar; de tal manera que su estómago debilitado no podía retener ni siquiera ese exiguo alimento. Como es natural, acudió á los auxilios de la medicina; pero con resultado tan poco satisfactorio, que la enfermedad no hizo sino agravarse, preludiando un próximo desenlace fatal. Cinco meses hacía que no podía dejar la cama, y se notaban ya en su cuerpo signos exteriores de descomposición interna. Las fuerzas la abandonaban por momentos; sufría dolores intensísimos; se abrasaba interiormente en ardores intolerables, como quiera que, según el testimonio de los mismos médicos, todos los intestinos no formaban sino una llaga. Un martirio tan doloroso no podía prolongarse mucho.

El 28 de marzo, Viernes Santo, creyó la piadosa señora que Dios la llamaba hacia sí, y que le concedía la singular merced de morir en el mismo día que su divino Hijo. En efecto, como arreciasen de una manera atroz y alarmante sus dolores y una debilidad extraordinaria junto con los síntomas precursores de la muerte le indicasen que la hora de su partida había llegado, mandó llamar á su querido esposo, y con lágrimas en los ojos le dió su último adiós; pero con esa dulce resignación á la voluntad adorable de Dios, distintivo de los corazones cristianos que, comprendiendo sus destinos inmortales, saludan con alegría el momento venturoso de abandonar el destierro, para arribar á la verdadera patria, el cielo. Dios, sin embargo, que la reservaba para ocultos designios de su mayor gloria, no había permitido esa enfermedad sino para acrecentar los merecimientos de una buena cristiana y para enaltecer á una gran santa, la Beata Mariana de Jesús.

Así las cosas, llegó providencialmente á manos de la enferma *La Hojita volante,* modesta pero utilísima publicación católica que sale á luz en Santiago de Chile; traía en sus columnas la relación de un milagro de la Beata Mariana de Jesús, ocurrido últimamente en la ciudad de Cuenca (Ecuador). Leer aquel relato y despuntar en el alma de la enferma un rayo de esperanza fué todo uno. 'La Beata Mariana de Jesús me va á sanar', se dijo para sí, é incontinenti dió principio á una novena con todo fervor y confianza en honor de la Beata, para alcanzar por su intercesión la salud perdida. Abandonó al punto completamente los remedios del arte, poniendo sus esperanzas únicamente en la *Azucena de Quito.* Pero acabó la novena, y la enfermedad estaba en su punto: Dios ponía á prueba la confianza de esta cristiana fervorosa. Lejos de desesperar, la enferma se dirigió á la Beata con una oración ardiente y candorosa, y, reanimando el fervor de su confianza, comenzó otra novena. Esta vez la Beata no quería hacer esperar más á su fiel devota.

Era el tercer día de la novena; por la noche siente la enferma que una súbita revolución se opera en su ser; parécele que todo en su interior se renueva y ocupa su respectivo lugar. Por la mañana, 15 de mayo, en el colmo de la dicha, siéntese sana y buena, y deja escapar de su corazón un grito de asombro, felicidad y agradecimiento á la par. Manda á una sirvienta que le prepare una vianda pesada y de difícil digestión. La sirvienta se asombra, no quiere creer á sus oídos, se figura que la señora delira, y exclama: 'Pero, señora, ¿no sabe Vd. que si toma de ese manjar va á morir en el acto? Si no puede tomar ni un poco de leche, ¿como podrá soportar Vd. lo que me pide?' La señora hubo de contestarle que bien sabía lo que hacía, y que si no preparaba en el acto lo que pedía, se veía obligada á preparárselo ella en persona. La señora fué, pues, obedecida. Momentos después, con un apetito y gusto extraordinarios, sin sentir la menor repugnancia ni el más ligero síntoma de su horrible enfermedad, saboreaba á sus anchas y daba cumplido fin al manjar

que había pedido, en no escasas proporciones; estaba pues completamente curada.

La señora añade: 'Siempre fuí de constitución débil y jamás gocé de salud perfecta; pero ahora me siento robusta y sana como nunca en mi vida; tomo toda clase de alimentos, sin que me causen el menor daño, y puedo consagrarme á mis faenas domésticas y ocupaciones de profesora con la mayor facilidad y sin cansancio alguno, siendo así que antes no podía dar ni un paso sin experimentar acerbos dolores y una fatiga inmensa.'

Difícil es pintar la alegría de la señora y el entusiasmo y amor con que bendice á su santa protectora. Había prometido publicar el favor recibido y constituirse en ardiente propagadora de la devoción á la Beata Mariana de Jesús, y ahora da cumplimiento á su promesa, permitiendo que se publique el hecho por todas partes y se recomiende á los católicos el poderoso valimiento de la *Azucena de Quito* ante el trono de Dios. ¡Bendito sea, pues, el Señor que así glorifica á sus santos!»

«La República Argentina ha sido en esta vez la escogida para teatro de una espléndida manifestación del cielo en favor de uno de sus hijos.

Desde que el señor presbítero Don Alfredo Araya Pérez fué nombrado cura y vicario de la parroquia de la Inmaculada Concepción de Guachipas, de la diócesis de Salta, dió á conocer á sus feligreses con incansable celo la admirable santidad de la Bienaventurada Mariana de Jesús. Su gran devoción y piedad hacia la admirable y santa joven no tardó

en extenderse hasta los confines de su vasta feligresía y avivarse la confianza en los corazones devotos, que desde entonces la invocaron con amor. — Dios, que es admirable en sus santos, complacido de la fe y confianza con que honraba aquella apartada grey á su predilecta esposa la *Azucena de Quito,* ha confirmado el gran poder que ante Él tiene, con el siguiente prodigio que vamos á contar, según el informe juramentado que tenemos á la vista, enviado por el señor cura Don Alfredo Araya Pérez.

Á mediados de noviembre del año próximo pasado 1902, el joven Don Ricardo López, yendo á caballo, dejó por descuido que el animal en que montaba se enredara entre las ramas de un árbol conocido en la localidad con el nombre de incajuama, que tiene sus ramas cubiertas de largas y gruesas espinas. Como era de temerse, habiendo el joven chocado fuertemente la rodilla izquierda contra las ramas, una de aquellas terribles espinas se internó en la parte superior de ella, como tres centímetros. Víctima de los dolores más atroces, volvió inmediatamente á su casa. La señora Quintina Maurín de López, madre del joven Ricardo, al ver la espina hincada en la rodilla de su hijo, profundamente consternada lanzó una exclamación, implorando al mismo tiempo la protección de la Beata Mariana de Jesús con una corta y ferviente plegaria en favor de su hijo.

La angustia de la señora Maurín era tanto mayor, cuanto que sabía por experiencia que la sangre de su hijo era propicia á las más grandes inflamaciones por pequeños rasguños. Sin embargo, ¡oh prodigio

admirable de la omnipotencia divina! esa sola plegaria, dirigida con fe á la Beata Mariana de Jesús, fué el remedio completo para aquella desgracia; pues sin necesidad de recurrir á médico ni medicina alguna, después de la plegaria dirigida á la Beata Mariana de Jesús casi instantáneamente quedó sin dolor y completamente sano, y lo que es aun más admirable, con la espina dentro de la rodilla; de modo que, sintiéndose enteramente sano y bueno, pudo sin la menor dificultad subir de nuevo á caballo y continuar caminando. La existencia de la espina dentro de la rodilla, sin causar el menor dolor ni inflamación, y esto sin la aplicación de ningún remedio, es indudablemente un verdadero portento permanente, que puede ser comprobado por todos, como efectivamente certifica haberlo palpado el piadoso párroco señor Araya, al recibir el juramento informativo del suceso.

Certificado primero. — Para dar gloria á Dios y honra á la Beata Mariana de Jesús, por cuya intercesión está sano mi hijo, certifico con juramento, que es verdadera toda la relación anterior. Doy fe. — Quintina Maurín de L.

Certificado segundo. — Certifico que he visto y tocado la espina que el joven Ricardo López tiene actualmente en la parte superior de la rodilla, cerca de tres centímetros más ó menos. No ha intervenido médico, porque en este pueblo donde ha tenido lugar no hay ninguno; en cambio existen muchas personas que atestiguan el hecho arriba narrado. — Parroquia de la Inmaculada Concepción de Guachipas, enero 1º de 1903. — Presbítero Alfredo Araya Pérez.»

«El 26 de febrero del presente año de 1903 trabajaba el joven Miguel Valenzuela Grossi, con otros obreros, en el reparo del templo parroquial de San Bernardo (Chile), sobre un andamio de tres metros de altura, cuando inesperadamente, desarmándose el andamio, él y los demás cayeron al suelo. Como era natural, todos quedaron más ó menos estropeados; mas el joven Valenzuela, que cayó debajo de los compañeros y de algunas tablas y maderos, sufrió tan graves contusiones, que fué preciso conducirlo en brazos ajenos á su domicilio, en donde recibió los servicios profesionales del practicante señor Elías Olivares y del doctor Bernardo Burucúa.

Después de los primeros cuidados el enfermo quedó sumido en profundo malestar; la pierna ligada, porque se la creía dislocada ó fracturada, el brazo inmóvil por el dolor, la presión del pecho, que era indicio de lesión interna, no le permitían el menor movimiento sin sentir los más vivos dolores. No comía, ni dormía, ni aún podía sentarse en la cama; á todo eso la fiebre vino á agravar la penosa situación del paciente. El 2 de marzo, cuatro días después del suceso, el Hermano Bernardo Campoverde, redentorista, devotísimo de la Bienaventurada Mariana de Jesús, supo el triste estado en que se hallaba el joven Valenzuela, y fué á su casa llevándole una imagen de la Beata Mariana, para que se encomendara á ella. Hízolo así el enfermo, y besando la imagen, prometió á la santa que se confesaría y comulgaría, y encendería dos luces en su honor, delante de su efigie, si le alcanzaba de Dios la salud.

Cinco minutos después de la promesa que acaba de hacer, siente que todos los dolores y molestias desaparecen inmediatamente; y para asegurarse de que es una realidad lo que le pasa, se sienta, se pone de pie, se mueve en todas direcciones, y no experimentando la menor dificultad, se convence de que en realidad está completamente sano, y que su amable protectora, la *Azucena de Quito,* ha escuchado su plegaria con prontitud inesperada. Además en la noche durmió tranquilamente, y así el insomnio, la inapetencia y la fiebre desaparecieron del todo, sin ninguna medicina. Para cerciorarnos del hecho, trasladándonos á San Bernardo, tuvimos la satisfacción de hablar personalmente, no sólo con el mismo joven Valenzuela, sino también con su padre, que son conocidos en la localidad, y habiéndonos hecho la relación del suceso con toda sencillez, convencidos de la verdad, no pudimos menos que bendecir la bondad de Dios, que tan admirable es en nuestra santa.»

«Tales portentos inexplicables ó siempre dudosos para el hombre sin fe, son para el que tiene la dicha de poseer ese tesoro del cielo, objeto de una dulce esperanza, que le impulsa á recurrir á Dios en las pruebas de la vida por intercesión de sus siervos y amigos.

«Es, pues, indudable que Dios quiere que recurramos á Mariana de Jesús, para otorgarnos por medio de ella las gracias que le pedimos. Hagamos la experiencia; pero que sea con aquella fe y confianza que Nuestro Señor quería de los que le pedían milagros en su vida mortal, y veremos por nosotros mismos los efectos de su oración poderosa. ¡Oh Mariana, Azucena radiante del cielo! los que peregrinamos en la vida, os saludamos, y bendecimos vuestro nombre glorioso; rogad por nosotros, para que nos hagamos dignos de las promesas de Cristo.

«El poder que tiene ante Dios la Bienaventurada Mariana de Jesús no se limita sólo á conseguir la salud y el remedio de las necesidades temporales. Su intercesión poderosa se extiende con especialidad á obtener gracias espirituales y dones divinos que han de labrar la felicidad eterna de las almas. Siempre se ha observado que los santos alcanzan aquellas gracias y virtudes en que ellos más resplandecieron sobre la tierra. Por esto Mariana se complace en alcanzar á sus devotos, unas veces el espíritu de recogimiento y de oración, otras, el amor á la Eucaristía, el alejamiento del mundo, el espíritu de penitencia.—Y como durante su vida, después del amor divino, en lo que más se distinguió fué en la salvación de las almas extraviadas, por las que hizo tantas penitencias, oraciones y buenas obras, sigue también hoy ejerciendo con más eficacia ese divino apostolado en favor de las almas sumergidas en el vicio. Los siguientes sucesos confirman lo que decimos.»

«El Rev. Padre Carlos Infante, superior de los Padres de la Compañía de Jesús de Concepción, en una carta dirigida á un sacerdote amigo suyo, con fecha 10 de diciembre de 1901, en que le habla de la poderosa intercesión de la Beata Ma-

riana de Jesús en favor de los grandes pecadores, se lee lo que á continuación copiamos.

De las imágenes de la Beata Mariana de Jesús que tuvo la bondad de mandarme, la primera vez que repartí, llegó una de ellas á manos de una mujer de muy mala vida, necesitada en extremo de una gracia extraordinaria para salir del abismo de males en que estaba sumergida. ¡Cosa admirable! Aquella desgraciada fijó sus miradas en la imagen, sintió en su corazón tan vivo dolor de sus pecados, que quedó tocada de Dios y profundamente compungida, y no quedó en esto sólo, sino que hizo ejercicios, y habiéndose convertido sinceramente, se reconcilió con Dios.

Y hablando de otra conversión admirable obtenida por la misma Bienaventurada, se expresa así:

Á principios de este mes terminamos la misión que acostumbramos dar á los mendigos; asistieron á ella más de trescientos, y una mujer que vivía en malas relaciones con un hombre hacía muchos años, quería convertirse á Dios y casarse para salir de aquel mal estado, pero el cómplice se negaba obstinadamente á recibir el sacramento. En tan angustiosa situación se encomendó fervorosamente al Señor de la Buena Esperanza, y le rogó que por la intercesión de la Beata Mariana de Jesús moviera el corazón de aquel hombre empedernido. Hecha la plegaria, volvió á su casa y con gran sorpresa encontró al hombre enteramente cambiado, que la esperaba para decirle que estaba ya resuelto á casarse. En efecto, hicieron las diligencias, se confesaron ambos y recibieron los sacramentos de la Penitencia, Eucaristía y Matrimonio.»

«¡Ah sí! La *Azucena de Quito,* que desde el cielo sigue ejerciendo el celo de su ardiente caridad en favor de sus hermanos, es en los momentos actuales, en que la Iglesia, movida de inspiración divina, se ocupa en colocar las últimas piedras preciosas en su diadema de inmortal gloria, el motivo de justa esperanza y de consuelo, no sólo para las almas que la invocan, sino para los pueblos y naciones que, comprendiendo los designios que tiene Dios en glorificarla, se atraen su protección rindiéndole públicos homenajes de amor y veneración.» —

De lo que llevamos escrito ó copiado en estos dos capítulos se desprenden dos cosas: La primera, que la gloria de Mariana, así como la de todos los santos, empieza donde acaban las glorias mundanas. La segunda, que la virgen quiteña es con Santa Rosa de Lima, de un modo particular la protectora de la América del Sur. ¿Será mal correspondida?